

Johnson, el de *Mascarada de Reinas* de Ben Jonson y el de la traducción de la *Iliada*, escrito, como Pope solía escribir, en márgenes de cartas y respaldos de sobres. Es curioso pensar cuáles hubiesen sido los sentimientos de Macaulay si cuando andaba versificando y haciendo castillos en el aire por entre las glorietas de Barley Wood, ó los laureles reales de Aspenden, ó los jardines de Cambridge, le hubieran dicho que, andando el tiempo, ocuparía un lugar en tan noble compañía.

CAPÍTULO X

1856-1858

Macaulay renuncia su puesto de representante por Edimburgo.—Se establece en Holly Lodge.—Su casa y su jardín.—Sus ideas sobre la hospitalidad.—*L'Almanach des Gourmands*.—Visitas.—Viajes continentales.—Chateaubriand.—Macaulay como hombre de negocios.—Su generosidad en cuestiones de dinero.—Su bondad para con sus parientes y los niños.—Galerías de pintura.—Macaulay como maestro.—Tributa un elogio á lord Palmerston.—Es nombrado par.—Cariño á su antigua Universidad.—Es elegido gran senescal del burgo de Cambridge.—Macaulay en la Cámara de los Lorés.—Política francesa.—La insurrección india.—La toma de Delhi y el socorro de Lucknow.—El profesor Owen y el Museo Británico.—Temporada de ocio.—El tomo V de la *Historia*.—Artículos de Macaulay en la *Enciclopedia Británica*.—Su costumbre de aprender de memoria.—Lenguas extranjeras.—Maneras de distraerse.—Las consecuencias de la celebridad.—Trazos del Diario de Macaulay.—Sus tendencias conservadoras en literatura.—Su afición á la teología y á la historia eclesiástica.—Su devoción por la literatura.

El primer pensamiento de Macaulay en 1856 fué retirarse del Parlamento. Se despidió de sus electores de Edimburgo en una carta que, como dice su sucesor en la representación de la ciudad, fué recibida con «verdadera pena». «La experiencia de los últimos años—escribe—me ha convencido de que nunca podré volver á cumplir, ni aun de una manera imperfecta, los deberes que el público tiene derecho á exigir de todo miembro de la Cámara de los Comunes. Ustedes han tenido conmigo una indulgencia que les

da derecho á mi más viva gratitud. Si un corto número de mis comitentes me hubiese insinuado el deseo de que renunciara, hubiera creído de mi deber deferir á ese deseo. Pero ni de un solo elector he recibido jamás una línea de reconvención ó de queja.» Esta carta fué enviada el 19 de Enero; y el 2 de Febrero apunta en su Diario: «He recibido una carta del preboste de Edimburgo con un mensaje de los electores votado por unanimidad en un gran *meeting*. Me ha conmovido de veras.»

Y ahora Macaulay, cediendo, aunque tarde, al consejo de todos los que se interesaban por su bienestar, empezó á disfrutar del descanso á que tenía tanto derecho. Más de una vez había pensado trasladar sus cuarteles á una residencia mejor para el estado de su salud que las habitaciones de un segundo piso entre Vigo Street y Piccadilly. En una época había tenido la ilusión de alquilar una de las nuevas quintas de los alrededores de Weybridge, y en otra se había inclinado á adquirir casa y terrenos en la «querida Clapham». Pero en Enero de 1856 el deán Milman le escribió participándole que estaba anunciado el arrendamiento de una casa muy bonita, con jardín, en Kensington. El efecto inmediato de esta carta fué inducir á Macaulay á leer nuevamente el libro de su antiguo amigo. «Empecé—dice—el *Cristianismo latino*, de Milman, y me impresionó más que nunca el contraste entre el fondo y el estilo. El fondo es excelente. El estilo es otra cosa muy distinta.» Al día siguiente recibió carta de la duquesa de Argyll, que, conociendo el sitio en cuestión como sólo podía conocerle un vecino inmediato, le instaba á no desperdiciar ocasión tan excelente. En su consecuencia, el 23 de Enero dice Macaulay: «Fuí con Ana y Margarita á

ver la casa sobre la cual me han escrito la duquesa y el deán. Es en muchos sentidos lo que yo busco; pero debo ver más y pensar más antes de decidirme.» No tardó en convencerse de que había dado con lo que necesitaba. Sin más dilación cerró el trato, y, después de largas y sabrosas discusiones domésticas, alhajó su nueva morada de acuerdo con los gustos de su hermana y con sus propias ideas acerca de las comodidades de la vida.

1.º de Mayo de 1856.—Se acerca la mudanza. Después de pasar quince años felices en Albany, me dispongo á abandonarle, triple de rico que cuando entré, y mucho más célebre; con menos salud, pero con afectos tan vivos y facultades tan vigorosas como siempre. Nada he perdido de lo más caro á mi corazón mientras he estado aquí. Han muerto buenos amigos, pero no formaban parte de mi círculo diario. Yo no espero de ninguna manera vivir quince años más. Si los vivo, no puedo prometerme que sean tan venturosos como los quince últimos. La mudanza me pone triste, y más me entristecería, si no fuese por lo muy desagradablemente que he vivido durante la última semana. Los libros han desaparecido, y la estantería parece un esqueleto. Mañana me despido definitivamente de este cuarto, donde he pasado la mayor parte de las horas de vigilia de tantos años. Ya ha cambiado su aspecto. Es el cadáver de lo que era el domingo. Aborrezco las separaciones. Hoy, al subir jadeante y rendido la interminable escalera, pensé que era por última vez, y se me saltaron las lágrimas. Tuve una alegría al fin de esta fatigosa escalera. Vino á comer Ellis—la última de cuatrocientas ó más comidas que hemos tenido en este cuarto.—Después á la cama. Todo lo que hago me impresiona con la idea de que

es por última vez. Día vendrá que será el último de veras.

Recuerdo bien que, hacia ese período, solía hablar mi tío de la afinidad que existe entre nuestros sentimientos hacia las casas y nuestros sentimientos hacia las personas. En otro tiempo (decía) nada me hubiera reconciliado con la idea de salir de Albany; pero, cuando vuelvo, y veo los cuartos desmantelados, y las librerías vacías, y el sitio todo como una sombra de lo que fué, comprendo que nunca será demasiado pronto para que venga el fin. Y luego hablaba de esos tristes cambios, obra de la edad y de la enfermedad, que nos preparan insensible y aun piadosamente á la pérdida de aquellas personas de quienes en otro tiempo no podíamos pensar en separarnos. Lo decía por un amigo muy querido que atravesaba entonces silenciosa y lentamente el vestíbulo de la muerte. El día 13 de Febrero de aquel año dice: Fui á ver al pobre Hallam. Le encontré clavado en su sofá, sin poder moverse. Hace mucho tiempo que no ha podido escribir de una manera legible. Pero en la conversación que tuvimos, aunque no era, ni con mucho, para poder formar juicio, no reveló ninguna falta de memoria ni de comprensión. ¡Pobrecillo! Yo procuré aparecer risueño; pero estaba traspasado de dolor. Que yo no viva, cuando á mi llama falte aceite, para ser irrisión de los espíritus ruines. Ruines deben ser, en efecto, los que se rían en caso semejante (1).

(1) Mr. Hallam vivió hasta 1859. En el Diario de ese año escribió Macaulay: «¡Pobre Hallam! Para mí murió hace algunos años. Entonces le eché de menos mucho y frecuentemente. Ahora apenas se nota la pérdida. Me inclino á creer que difícilmente hay una separación, ni aun de aquellas que laceran el alma y ocasionan suicidios, que no pueda llegar á hacerse tolerable por una

Macaulay se hallaba alojado al fin como sus amigos deseaban. No podía haber hecho mejor elección. Holly Lodge, llamado ahora Airlie Lodge, ocupa el rincón más apartado del pequeño laberinto de caminos que, limitado al Este por los Jardines del Palacio y al Oeste por Holland House, constituye el distrito conocido con el nombre de Campden Hill. La *villa*—porque es una *villa*—se halla enclavada en un sitio de aspecto tan rural como el que presentan aún Roehampton y East Shen, y como el que presentaban veinte años hace Wandsworth y Streatham; y Macaulay no tenía allí más vecino que el duque de Argyll, que vivía tan retiradamente como él y por las mismas razones.

Las piezas de Holly Lodge eran pequeñas en su mayoría; pero la casa ofrecía cumplidamente los dos requisitos indispensables para el ideal de felicidad de un autor: una biblioteca y un jardín. La biblioteca era una pieza cómoda y espaciosa, ampliada, á la antigua usanza, por un espacio con columnas. Era un retiro abrigado y alegre en invierno; y en verano ofrecía un aliciente irresistible para salir de entre los estantes de libros hacia un prado digno de la quinta de recreo de un lord teniente. En el jardín no había nada que excediese de treinta pies de altura; pero cuanto puede esperarse, en punto á sombra, aroma y colores, de masas de acebos, de laureles y de espinos, de bosques de soberbios rosales y de bóvedas de lilas y citisos, eso lo había en profusión. Y no eran perdidos para el dueño los encantos de la finca. «¡Cuánto me deleita—dice—mi pequeño paraíso de arbustos y de césped!» «No recuerdo un Mayo semejante—escribe pérdida gradual. Durante esa extinción se sufrirá mucho, pero no con gran agudeza en ningún momento.»

en 1857.—Esto es delicioso. Las lilas están ahora completamente cuajadas de flor; los citisos casi completamente. Las brillantes flores rojas de mi espino favorito empezaron á abrir ayer. Hoy están hermosas. Mañana todo el árbol será un esplendor.» En Septiembre, recién llegado de una excursión por el Mosela y el Rhin, por el valle de Vaucluse y los Alpes italianos, escribe con alborozo: «Mi jardín es verdaderamente encantador. Las flores son menos brillantes que cuando me marché; pero el césped es una perfecta esmeralda. Todas las comarcas que he visitado no pueden presentar tan suave y rico tapiz de hierba como el mío.»

La belleza de las cosas que le rodeaban, unida al sentimiento nuevo de la posesión, inspiraron interés á Macaulay por menudencias de la vida diaria á que había permanecido extraño hasta allí. Empezó á sentir el afán del propietario por ver las cosas con orden dentro y fuera. En un lugar dice: «Hoy despejé mis mesas de un montón de libros y folletos. Hay que llevar el despejo mucho más adelante. El tiempo que se emplea en eso no es tiempo perdido. Es, como diría Bacon, *luciferum*, si no directamente *fructiferum*.» Una de las consecuencias más felices de este cambio de residencia fué el acostumbrarse, aunque sólo fuese durante diez minutos al día, á hacer algo más que escribir, hablar y leer. Hay que convenir en que sus hazañas en jardinería fueron bastante humildes. Sus primeros ensayos no sólo distaban mucho de cuanto se consigna de horticultores científicos como Pope y Shenstone, sino que hubiesen podido provocar el compasivo desdén de Wordsworth y de Cowper. «He mandado (dice) desembarazar las lilas de ramaje seco y limpiar el césped de dientes de león», y poco después:

«Di un paseo de una hora y exterminé todos los dientes de león que habían brotado desde ayer» (1). Pero no tardó en ser más ambicioso. «He elegido sitios para macizos de rododendros y he mandado poner solanos trepadores en mi *xystus*» (2). El día de Navidad de 1856 escribe á su hermana Francisca. «Las fiestas interrumpen mi jardinería. Me he hecho jardinero—maestro jardinero, se supone, no simple trabajador.—Acabo de poner solanos alrededor de mis ventanas y de formar macizos de rododendros alrededor de mi fuente. Dentro de tres ó cuatro veranos, si vivo hasta entonces, puedo esperar ver el fruto de mis afanes.»

La hospitalidad en Holly Lodge ofrecía un atractivo especial. Macaulay no era epicúreo para sí. En los tiempos del *bill* de reforma, como revelan muchos pasajes de sus cartas, disfrutaba de un banquete en casa de un ministro ó de un magnate de la City con todo el deleite de un estudiante hambriento; pero jamás hubo

(1) Esas desgraciadas escardas representan un papel importante en la correspondencia de Macaulay con su sobrina menor. «Mi querida Alicita—escribe—Me olvidé por completo de la carta ofrecida, pero te aseguro que no te has apartado de mi pensamiento durante tres horas seguidas. Realmente ha habido pocas cosas que pudieran apartarte á ti y á los tuyos de mi pensamiento, porque estos últimos días he vivido como Robinson Crusoe, en su isla desierta. No he tenido á mi lado más amigos que mis libros y mis flores, ni mis enemigos que esos execrables dientes de león. Creí que estaba libre de los villanos; pero anteayer, cuando subí y miré desde mi ventana, ví vueltas hacia mí seis de sus descocadas carotas amarillas. «Aguardad nada más á que yo bajé», dije. ¡Cóm! los arranqué! ¡Cómo me gocé en su destrucción! ¡Es cristiano odiar tan ferozmente á un diente de león? He ahí una cuestión interesante de casuística.»

(2) La palabra *xystus* era una reminiscencia de las cartas de Cicerón y Plinio. Según el doctor William Smith, significa «un pórtico destinado á recreo, conversación y discusión filosófica.»

una época en que sus necesidades diarias no se viesan satisfechas ampliamente con un par de huevos y su café por la mañana y una comida como la que se sirve en cualquier establecimiento aceptable. Sin embargo, no se avenía á sentar á nadie á su mesa, así fuese un niño, sin ofrecerle algo que se pareciera á un festín. Generalmente elegía, por una preferencia casi instintiva, platos de reputación consagrada, y, si cabe decir, histórica. Le gustaba atestiguar su amistad hacia los disidentes agasajando á sus comensales con una rueda de ternera, que él diputaba por el plato sacramental del domingo entre las buenas familias no conformistas de los antiguos tiempos. Más le gustaba aún demostrar su fidelidad á la Iglesia guardando sus fiestas y observando sus ayunos, hasta donde cabía observarlos con las adiciones que hacía á la comida ordinaria. Un día de San Miguel en que no comía ganso, ó le comía en la soledad, no era un día de San Miguel para él; y en Nochebuena no faltaba nunca en nuestra casa el abadejo, el barril de ostras y el pavo de más libras que podía encontrarse. Si convidaba á un par de escolares que sabían explicar la cuarta sátira de Juvenal, los recompensaba por su aplicación con un plato de mújol que hubiera podido presentarse en la mesa de un augur. Si llegaba á tener por comensales algunos de sus contemporáneos de Cambridge, procuraba que no echasen de menos las despensas de la Trinidad. «Le agradecería á usted mucho—escribe á Mr. Ellis—que me enviase una ó dos botellas de esa excelente cerveza «universitaria» que me dió usted la última vez que comimos juntos. Yo le mandaré en cambio dos botellas que necesitan tiempo aún para estar en su punto. Le hago esta petición, porque mis convidados del martes serán antiguos alumnos de

la Trinidad, y desearía darles algo de nuestro néctar.»

Había que oír á Macaulay cuando le daba por sazonar una comida de familia con una serie de citas del *Almanach des Gourmands*—ese maravilloso monumento del goce desenfrenado que reinaba en la sociedad francesa después de la Revolución.—Se sabía de memoria las humoradas y extravagancias más notables, diseminadas en los ocho tomitos; y siempre estaba pronto á acometer la hazaña de detallar las ceremonias de un banquete parisiense, desde esas complicaciones preliminares «que les personnes bien avisées ont l'attention d'abrégé en mettant d'avance le nom de chaque convive sur chaque couvert, dans l'ordre de leur appétit connu ou presumé», hasta la «visite de digestion» del día siguiente, cuya duración se suponía que debía de ser proporcionada á la excelencia del convite. Podía seguir toda la serie de pormenores de la comida, desde el «potage brûlant, tel qu'il doit être» hasta el «biscuit d'ivrogne», teniendo cuidado de imprimir en los oídos rebeldes de sus más jóvenes oyentes que «tout bon mangeur a fini son diner après le rôti». Nos aseguraba, apoyado en la misma alta autoridad que, después de la sexta docena, las ostras cesaban de excitar el apetito; y nos repetía con gran deleite el período que cierra la descripción de un almuerzo como el que, en los últimos años del siglo, se enorgullecía de dar un alto funcionario de la República: «Ceux qui veulent faire grandement les choses finissent par parfumer la bouche de leurs convives (ou plutôt de leurs amis, car c'est ainsi que s'appellent les convives d'un déjeuner) avec deux ou trois tasses de glaces; on se la rince ensuite avec un grand verre de marasquin; et puis chacun se

retire en hâte chez soi pour aller manger la soupe» (1).

Hay que convenir en que aun un «grand déjeuner» en el hotel de Cambaceres ó de Barras difícilmente hubiera podido prolongarse más tiempo que un almuerzo en Holly Lodge; pero los comensales de Macaulay se detenían en la mesa por atractivos menos materiales que los que ofrecían los anfitriones del Directorio y del Consulado. Mucho tiempo después de olvidada la comida, el círculo seguía pendiente de los labios de Macaulay, mientras él recorría asunto tras asunto y sacaba de los estantes libro tras libro, hasta que el sol del medio día invitaba á todos á dar una vuelta por el jardín, tan alegre con su atavío de invierno que parecía «muy digno de gozarse» aun al señor de Castle Howard. Lord Carlisle dice en su Diario el 19 de Setiembre de 1856: «Me dirigí á Campden Hill con una hermosa mañana. Me había convidado á almorzar allí David Dundas. Fui recibido con sorpresa, pero con gran cordialidad, por Macaulay. A una mención casual del león del escudo de Howard, sacó un volumen de Skelton con el dedo puesto en el pasaje. Luego vino una larga charada sobre Polifemo, que había leído en un periódico de 1825. Me pareció haber ganado en salud con su traslación á su agradable villa.»

Tan agradable era que su dueño no pensaba en

(1) Para Macaulay el pasaje favorito del *Almanach des Gourmands*, era el que prescribe el período (de una semana á seis meses, según la bondad de la comida), durante el cual los convidados no pueden hablar mal de sus huéspedes, el cual tiene, además, el privilegio de volver á atar sus lenguas, dirigiéndoles nuevas invitaciones antes de la expiración del plazo. «On conviendra que, de toutes les manières d' empêcher de mal parler de soi, celle-ci n'est pas la moins aimable.»

buscar recreo en ninguna otra parte. Meses pasaron sin que Macaulay apareciese en los círculos de Londres, y años transcurrieron sin que aceptase ninguna invitación á pasar temporadas en el campo con amigos ó conocidos. Una ó dos noches que estuvo en el castillo de Windsor y una ó dos visitas á lord Stanhope en su casa de Kent fueron casi las únicas excepciones de aquella regla, que le prescribía imperiosamente el estado de su salud y contra la cual no pensaban en rebelarse sus inclinaciones.

Chevening 16 de Julio de 1856.—Después del almuerzo, lord Stanhope, con mucha bondad y discreción, me dejó revolver su biblioteca. Hermosa biblioteca antigua, de quince mil volúmenes, según colijo: muy parecida, por su aspecto y por el carácter de sus obras, á una biblioteca de colegio. Estuve entretenido muy agradablemente hasta las dos de la tarde. Luego fuimos á visitar á Mountstuart Elphinstone, á seis millas de distancia. Le ví probablemente por última vez. Sigue siendo el mismo, aunque muy viejo y achacoso. Un gran hombre y de lo más cabal que he conocido. Por la noche vino á comer Darwin, geólogo y viajero.

17 de Julio.—Por la mañana, otra vez á la biblioteca. Por la tarde á un lindo trozo de terreno comunal que ha correspondido á lord Stanhope, según ley reciente: hermoso bosque y hermoso panorama. Mi Valentina estaba con nosotros, bailando entre las flores, cogiendo dedaleras y arándanos, y muy alegre y animada. Me gustan todas las niñas de esa edad por causa de mis sobrinas; y lady María es una criatura muy amable. Por la noche lord Stanhope me presentó una tragedia escrita por Pitt y su hermano lord Chatham en 1772: detestable, naturalmente; pero bas-